

NOTICIA DE LIBROS

SUBERCASEAUX, Benjamín: *Tierra de Océano*, Ediciones Ercilla. Santiago de Chile, 1948. 588 págs.

Esta obra, que el autor subtitula «la *popéya* marítima de un pueblo terrestre», tiene por objeto, según intención expresada por el autor en el prólogo, hacer la historia inédita de la gesta naval del pueblo chileno.

Benjamín Subercaseaux tiene un lugar destacado en las letras chilenas, adquirido por una docena de obras de temas sociológicos, históricos, literarios y poéticos. Entre ellos, *Chile, una loca geografía* constituye quizá la mejor introducción a la vida chilena que es posible recomendar al que quiera iniciarse en el conocimiento de la realidad de Chile.

En la obra que comentamos, y que él mismo pone en relación con aquella, mantiene las cualidades de unir una severa acumulación de material erudito con una penetración crítica viva y un tono de lección patriótica para que las generaciones actuales funden, sobre la gloriosa tradición de una marina ejemplar, el espíritu heroico que la hora actual exige.

Chile, por su situación peculiar en la Geografía universal y su conformación natural, es un país esencialmente marítimo, y su historia y destino han dependido, y su futuro también, del mar, y de su consciente aprovechamiento. Esta fundamental verdad se ha ido imponiendo lenta y dificultosamente en la mentalidad preferentemente terrestre del pueblo chileno, que, como a pesar suyo e improvisadamente, ha logrado, sin embargo, escribir páginas gloriosas en la historia naval americana y universal.

Pedro de Valdivia y Bernardo de O'Higgins, los dos fundadores de la nacionalidad, fueron los únicos gobernantes que con visión honda afirmaron rotundamente que el mar y su dominio daría a Chile madurez histórica y libertad nacional estable y soberana.

Este pensamiento sirve a Subercaseaux para ir engarzando los hechos y otorgando sentido a esa soterrada vocación naval chilena minuciosamente estudiada desde el tiempo de los primitivos habitantes aborígenes, hasta la formación de una Escuadra Nacional y su máxima acción en la Guerra de 1879 con la Confederación de Perú y Bolivia, pasando por el relato de las hazañas de los españoles navegantes descubridores y sus adversarios los corsarios ingleses.

El autor destaca con razón que esta historia se refiere a la marina de guerra casi exclusivamente, porque desgraciadamente, afirma, Chile aún no ha sido capaz de realizar la *epopeya* de la paz que significa la creación de una marina mercante en la que radica fundamentalmente el futuro económico y también político del país. Esto muestra, por otra parte, cómo la vocación marítima se ha ido imponiendo con dificultad por el desarrollo de la conciencia nacional patriótica más que por un sentido naval espontáneo y directo.

La exposición, con agudas observaciones críticas, contiene, sin embargo, algunas tesis históricas débilmente fundadas y muy discutibles.

En la segunda parte, después de historiar en la primera las incipientes actividades navales de los pobladores indígenas, dedicada al período de la historia llamado colonial, destaca Su-

bercaseaux las espléndidas cualidades de audacia y sentido de la aventura de la marina española de la época que actuó en las costas de Chile; pero exagera al negar en la formación y adiestramiento de los elementos chilenos de la futura marina nacional participación alguna a los españoles, atribuyéndola exclusivamente a los elementos corsarios ingleses, a los cuales atribuye, por otra parte, en desacuerdo con la probada verdad histórica, un conjunto de cualidades del más puro idealismo ideológico, ajeno a todo interés, como móvil único y exclusivo de su acción en aguas chilenas. Sólo la ayuda al débil y el apostolado de la libertad guiaba, según el autor, los barcos de los corsarios ingleses. El autor generaliza para todos la opinión que justificadamente tiene del espíritu de Lord Cochrane, aventurero y desinteresado, gran marino, que con incomparable abnegación fué el primer gran impulsor de la marina de guerra nacional en la lucha por la independencia.

La tercera y más extensa parte del libro está dedicada a la marina nacional. Con justicia y amor, narra la dura epopeya de las primeras acciones de la marina luchando con una pobreza casi insuperable, la falta de visión de muchos políticos y la carencia de una disciplina e instrucción técnica mínima. Sólo un maravilloso espíritu patriótico y una admirable resistencia física, unida a un sentido heroico y aventurero de la vida, pudo realizar el milagro de un dominio del Pacífico por la escuadra chilena, cuyo primer y legítimo fruto lo constituye la Expedición libertadora del Perú.

Dos hechos destaca Subercaseaux en esta Expedición y sus preparativos que aún requieren una aclaración histórica. El primero, la cierta y descartada participación de la llamada Logia Lautarina, cuyo sentido universalista estuvo muy a menudo por encima del auténtico interés nacional. El segundo es la crítica, que nos parece injusta, de la persona y actuación de José de San Martín. Es bueno poner en su justa verdad histórica la participación de éste y sus hombres en el ejército de los Andes, como también en la Expedición libertadora del Perú; pero exagera el autor al querer

atribuir todos los males y deficiencias de dichas empresas exclusivamente a San Martín.

La historia de la armada nacional en este libro termina con el glorioso hecho naval de Iquique, que con razón el autor llama el momento de «la toma de posesión de Chile en el corazón de nuestro pueblo». Este combate naval, que como tal fué una derrota: la pérdida de un barco viejo y maltrecho, fué, como dice el autor, la más formidable afirmación del espíritu de un pueblo y su destino futuro.

Necesita Chile que ese destino marítimo se funde realmente sobre esa magnífica tradición, y una larga y abnegada vocación por el mar dé, en la paz, los frutos que en acción de guerra se prefiguraron. Chile necesita que aparezca un hombre, dice el autor, que merezca ser llamado el «Presidente del Mar», que actualice la actitud de despertar a la conciencia del destino marítimo de Chile, que hoy comienza a circular por la conciencia colectiva del país.

La obra de Subercaseaux es un alerta, una llamada, corroborada por una historia vista con perspicacia y patriotismo, a los chilenos para tomar conciencia de aquel destino salvador de Chile. El autor confía que una con él su prestigio a la «loca geografía» y hace labor útil y patriótica en la vida de Chile.—G. C.

PAUL RADIN: *Los indios de la América del Sur*. Editorial Pleamar. Buenos Aires, 1948. 360 págs.

Desde el descubrimiento en 1498 de la parte continental suramericana ésta ha sido explorada, recorrida y colonizada en todos los sentidos, sirviendo luego para la constitución de una serie de naciones adelantadas y modernas; pero hasta finales del siglo XIX no se hizo ningún intento de registrar de un modo sistemático y completo el cuadro histórico de las viejas civilizaciones nativas, puesto que las primeras obras del período colonial, aunque eran a veces magníficas sólo recogían aspectos parciales y locales de

sitios sueltos. El estudio antropológico y etnográfico organizado lo inició en 1884 Karl von Steinen, después de una expedición a las selvas de Brasil. Después estos estudios han adelantado bastante en esfuerzos de seminario, pero aun no se habían difundido obras de conjunto sobre el tema indioamericano técnicamente expuesto. El libro del doctor Paul Radin, *Indians of South America*, publicado en Nueva York en 1946 y traducido en Buenos Aires al final de 1948, es el primer trabajo de conjunto editado en nuestro idioma sobre los caracteres comunes o relaciones mutuas de las culturas indias meridionales, así como su parentesco con las de Centroamérica y Norteamérica.

Antropólogo y etnólogo estadounidense, el doctor Radin, después de estudiar en Zurich recogiendo el esfuerzo de los iniciadores, ha sido antropólogo oficial del Departamento Federal de Etnología en Washington. Está pues, en condiciones de intentar la presentación de un cuadro del indianismo científico, de iniciar una síntesis preliminar sobre lo que ya se sabe y lo que se supone.

En esa labor lo esencial no es la exposición de las costumbres y radio de acción de los grupos raciales (caribes, arawacos, chinchas, chibchas, aymarás, quichuas, tupi-guaraníes, etcétera), sino la determinación de los enlaces generales.

Para ello hay que comenzar por desechar el prejuicio de que las famosas civilizaciones de los Estados aztecas e incásicos fuesen dos cosas aisladas, separadas por razones de semi-barbarie, pues en realidad los troncos culturales maya y aimara, junto con los posteriores organizadores estatales incásicos y del Valle de México, tenían muchos elementos comunes básicos y enlazaban a través de las culturas colombianas; siendo, por tanto, ramas de una cultura común, de la que aun no se sabe si fueron de Sur a Norte o de Norte a Sur las influencias, aunque es probable que el origen fuese la extensión de las culturas de Méjico hasta los años 1000 y 1300, a través del Golfo de Méjico, a lo largo de las costas. Así lo deja

suponer la expansión desde las Antillas hacia la Argentina del pueblo de los arawacos o arahacos, muchos de cuyos usos recuerdan otros de los huatecas y los indios «puebla» del Far West. También entre los guaraníes se observa el sacrificio ritual de tipo azteca.

La importancia de estos estudios no es solamente de erudición histórica, sino de vida actual, pues Radin insiste en que aunque las culturas aborígenes de América del Sur y América Central, con Méjico, hayan desaparecido o estén a punto de desaparecer, son tantas las características de las mismas incorporadas a la civilización española, que no es ligereza del lenguaje decir que en muchos puntos son tan importantes como las mismas características españolas puras. Además, otro factor de continuación es la existencia actual de un tercio de población con sangre india en el Continente meridional, y de un 12 por 100 que aun está completamente al margen de toda cultura blanca.

Sin embargo, para valorar exactamente el indianismo contemporáneo hay que evitar considerar a los indios de hoy como si fuesen solamente unos descendientes degenerados de los incas, los mayas, etc. Lo incásico y lo mexicano de Tenochtitlan fueron un período de la Historia, como fué antes el pre-incásico y pre-mexicano o después el español. La diferencia actual entre lo inca o azteca o chibcha y lo indio, en general, es la de lo estático y dinámico, lo que tuvo final y lo que se desarrolló para hallar una expresión en un nuevo futuro. Lo inca murió, pero los Andes siguen levantados, influyendo en la fusión armoniosa de lo indio lo mestizo y lo español.—R. G. B.

JEAN BABELON: *L'Amérique des Conquistadores*. Hachette. París, 1948. 350 páginas.

En una colección consagrada a las grandes épocas de la Historia, el descubrimiento y la colonización americanas aparecen en la exposición y evo-

cación de Jean Babelon como una creación de España: «L'Amérique est une invention espagnole.» Nada hay comparable a este esfuerzo creador en el resto de lo histórico. «Rien d'équivalent dans le cours des ages.» El Imperio de Alejandro Magno fué obra de un genio aislado; Roma, el lento desarrollo de una civilización mediterránea; otros Imperios se hicieron por invasiones sólo como oleadas. Pero lo de América fué el descubrimiento de un universo ignorado, casi como el encuentro con otro planeta. En un momento todo se hizo diez veces mayor, y Europa pudo desarrollar su inteligencia en un sentido mundial que antes era imposible. Así, 1492 fué el verdadero punto de partida de la Edad Moderna.

En cuanto a la forma de creación y la personalidad de los que la realizaron el juicio de Jean Babelon no es menos entusiasta... Dice que jamás fueron desplegadas tanta energía ni tanta obstinación para realizar una empresa que parece sobrehumana. En ella destaca ante todo la energía indomable de los descubridores y conquistadores, que no retrocedían nunca e iban siempre adelante a través de los peores climas y las más espantosas distancias vacías. Pero al mismo tiempo hace resaltar el hecho de que aun en sus momentos de más rudos impulsos no era la ambición material la que más les animaba, sino un afán de ir siempre más allá, y en esto cita ejemplos como el de Pizarro, que cambió su rica estancia de hacendado en Panamá por un afán de nueva aventura, y el de Cortés, que no se quería quedar en su palacio del Méjico ya colonizado, sino que soñaba con nuevos descubrimientos en Honduras y California.

De todos esos descubridores y conquistadores se van exponiendo con minuciosos detalles y cierto colorido literario las empresas por personas y países. Antillas, Méjico, Perú, Nueva Granada y Orinoco, de Quito a Chile, los istmos, California y el Far West, Plata, Paraguay y la «Pax hispánica» que siguió, en la cual los conquistadores aplicaron sus energías a lo

constructivo, destacando que lo que no sorprende menos en ellos es ver la facilidad que tenían para adaptarse a todos los cargos y todas las funciones.

En la «Pax hispánica» que establecieron se señalan como ejemplos: la urbanización planificada de las ciudades, con sus Plazas Mayores, y trazado de avenidas rectas tiradas a cordel; la agricultura con difusión de nuevos cultivos; el perfeccionamiento de la artesanía india; el gran desarrollo de la enseñanza, especialmente de la universitaria; las numerosas leyes protectoras del trabajo nativo; la elevación espiritual de la labor misional, conseguida después de la supresión de ritos de sangre como el de Huitzilopochli; la minuciosa organización gubernamental y burocrática en virreinos, capitanías generales, provincias, distritos y zonas de residuos tribales, así como la bien asentada trabazón entre todos los trozos del sistema continental, y el hecho de que el impulso inicial no aflojase nunca porque «la conquête de l'Amérique est une oeuvre de foi».

En resumen, el libro de Jean Babelon, para el cual la nación española creadora de la Hispanidad de Ultramar, es «une Espagne fatiguée par tant de gloire», compensa por su afectividad y por su afán de exactitud a todos los otros libros inexactos que aun arrastran por diversos países residuos ya superados y anulados por la ciencia de pasadas leyendas negras. Lo cual no es extraño, pues siempre fueron conocidas las cualidades de Babelon como uno de los más competentes hispanistas franceses.—R. G. B.

PANIAGUA RIVAS, Rafael: *Breviario Conservador*. Editorial «La Nueva Prensa». Managua, 1948.

El diputado conservador nicaragüense, doctor don Rafael Paniagua Rivas, realiza en este *Breviario Conservador* lo que él llama «una apretada síntesis de ideas y doctrinas», con el objeto de «fortalecer las bases doctrinarias»

de su partido. El intento del autor es, en verdad, algo más que eso. Se trata, como señala en el prólogo el conocido político nicaragüense doctor don Carlos Cuadra Pasos, «de rejuvenecer a la totalidad del partido conservador, dando cabida en su programa a las nuevas ideas de justas reivindicaciones sociales». Los partidos conservadores de Hispanoamérica, como en el resto del mundo, se encuentran en crisis política y doctrinaria, porque no han sabido ajustar su pensamiento a las exigencias sociales de los nuevos tiempos. En realidad, tales partidos conservadores no son sino un *liberalismo en conserva*. Por eso las nuevas generaciones conservadoras tratan de actualizar y vitalizar esos viejos organismos políticos que en muchos aspectos siguen representando la defensa de ciertos valores tradicionales esenciales en la Historia y que se ven amenazados de destrucción por los excesos revolucionarios de los partidos extremistas.

Paniagua Rivas parte precisamente de esta base eterna de valores cristianos del conservatismo que le permite superar históricamente al liberalismo, para realizar un replantamiento ideológico sobre los siguientes postulados de misión política conservadora

dentro de la modernidad: «a), restauración de un orden social cristiano; b), defensa de los valores espirituales de la comunidad». Así, a través de las breves páginas del libro, el autor enuncia principios y soluciones sobre todos y cada uno de los temas y problemas políticos del Estado moderno, referidos al aspecto concreto que toman en su país: Unidad Nacional, Política Exterior, Sociedad e Individuo, El Estado y sus fines, La Iglesia y el Estado, Familia, Municipio, Propiedad, Economía, Trabajo, Política agraria, etc., etc.

En muchos de estos temas la postura ideológica de Paniagua Rivas es esencialmente revolucionaria frente a los viejos postulados de su partido, y habría que discutir hasta qué punto este revolucionarismo doctrinario es conveniente a naciones como las hispanoamericanas en etapa de formación histórica, y hasta qué punto no es conveniente poner en revisión ciertas teorías social-cristianas que, a nuestro juicio, no han podido escapar a la influencia del economismo marxista. De todas maneras, el *Breviario Conservador* de Paniagua Rivas es un índice interesante del pensamiento de la juventud conservadora hispanoamericana.—J. Y. T.